



## Aviso Legal

### Artículo de divulgación

Título de la obra: Visión de España en la obra de Andrés Iduarte

Autor: Beer, Gabriella de

Forma sugerida de citar: Beer, G. de. (1988). Visión de España en la obra de Andrés Iduarte. *Cuadernos Americanos*, 3(9), 130-136.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año II, núm. 9, (mayo-junio de 1988).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY - NC - ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>  
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

## VISION DE ESPAÑA EN LA OBRA DE ANDRES IDUARTE\*

Por *Gabriella* DE BEER

THE CITY COLLEGE OF NEW YORK

AL ABORDAR tema tan amplio y llamativo nos encontramos ante múltiples posibilidades. Como sabemos, las relaciones literarias entre España e Hispanoamérica empezaron hace quinientos años cuando los españoles pisaron tierra americana; con altas y bajas han seguido y siguen en pie. La historia del origen de las letras en la América Hispana es bien conocida. Por eso en esta discusión es innecesario remontarse a los escritos de conquistadores, misioneros y viajeros que llegaron de la Península a las Indias, así como recalcar las influencias mutuas y el interés continuo entre las literaturas en lengua española creadas a ambos lados del Atlántico. Sí convendría resaltar ciertas actitudes transmitidas y repetidas de generación en generación: por ejemplo, España como madre patria y América como colonia; las letras peninsulares como innovadoras y las hispanoamericanas como imitadoras. Así ha surgido un culto artificial a las diferencias entre las dos literaturas y culturas. En Hispanoamérica, esta actitud quizás se debe a un fuerte sentido de nacionalismo; en España, tal vez es el resultado de su propia historia, de ser la "cuna", por así decirlo, de la literatura y cultura hispánicas. Pero es hora de desechar estos viejos lugares comunes y de acercarnos a la relación entre España e Hispanoamérica con una perspectiva diversa.

Con una definición abstracta que señalara tal comunidad histórica y cultural seguramente sería trillada y general, optamos por aproximarnos a esta problemática a través de los escritos del mexicano Andrés Iduarte (1907-1984) para así lograr una conceptualización más tangible de tales relaciones. Mexicano de nacimiento, de ascendencia vasca, francesa e indígena, Iduarte veía la cuestión de su nacionalidad no como un fenómeno biológico y racial sino como algo que él podía determinar individualmente.

\* Ponencia leída en el XXIII Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, Madrid, 1984.

Utilizando un estilo cómico que generalmente reserva para tratar temas profundos, Iduarte subraya que ni el lugar de nacimiento ni el árbol genealógico de la familia ni la apariencia física son factores definitivos; sí es decisivo lo que uno desea ser. Por eso insiste en resaltar su estirpe indígena a pesar de las apariencias.<sup>1</sup> Al resumir su actitud dice: "No parezco indio a primera vista; pero me siento indio porque quiero serlo, porque me da la gana de serlo".<sup>2</sup>

Con esto Iduarte señala que México es un país mestizo, que él es ciudadano mexicano y que el indio y lo indígena son importantes por sus distintas cualidades y aportaciones a la civilización americana. Comparte con el antiguo americano una fe en la justicia y el fervor por la causa del pueblo. Así, Iduarte es indio no por su linaje sino por haber respirado el espíritu indígena en su tierra y haberlo hecho suyo. De esta idea extrapola el escritor que la grandeza de Benito Juárez proviene de "su raza indígena y su humilde nacimiento".<sup>3</sup> Juárez, el máximo símbolo de la independencia, la justicia y la libertad, lo es precisamente por estas condiciones y por ellas representa gráfica y universalmente al olvidado y al postergado. Sirviéndose de sí mismo como punto de partida para esbozar un amplio concepto del ser humano, Iduarte nos hace ver que raza y nacionalidad no son factores exclusivamente científicos; ellos pueden ser asumidos por cada individuo.

De igual manera este escritor mexicano se siente tan español como cualquier peninsular; esto no se debe a su ascendencia vasca sino al idioma y al espíritu españoles que lo nutrieron en su niñez tabasqueña, a sus lecturas de literatura e historia españolas, a su profundo interés en las letras y la crítica de ese país, a su contacto personal con tantas figuras importantes de España durante su estancia aquí (1933-1938). Después, en México y los Estados Unidos establecería lazos con los desterrados de la Guerra Civil. Así, Andrés Iduarte se considera a sí mismo español e indio por haberse penetrado de los valores de estas culturas y por haber elegido serlo. En sus palabras:

---

<sup>1</sup> Iduarte lo expresa así: "Estoy acostumbrado al asombro que produce esta frase —Yo soy indio— porque la vengo repitiendo desde hace muchos años, desde mi juventud. Pero no sólo asombro: también risas, o sonrisas, o murmullos, o bisbiseos, o preguntas capciosas, o negaciones tajantes, o imprecaciones condenatorias". "Yo soy indio", en *Familia y patria*, México, Secretaría de Comunicaciones y Transportes, 1975, p. 65.

<sup>2</sup> "Yo soy indio", p. 66.

<sup>3</sup> "Pues porque es un indio...", en *Familia y patria*, p. 192.

Y éste es, otra vez, el momento de insistir: lo que importa no es el color de nuestra piel, ni el espesor de nuestro cabello, ni la colocación de nuestros ojos, ni el nombre que se lleva, sino la posición moral y política que en la vida nos acompaña. Por mexicanos amantes de la libertad somos tan vascos como los que pelean por ella; como vascos incorporados a las mejores causas de México, son mexicanos los que aquí vinieron, y fueron mexicanos desde que en esta tierra se radicaron para quererla como nosotros.<sup>4</sup>

En México las dos figuras que simbolizan el Viejo y Nuevo Mundo son Hernán Cortés y Cuauhtémoc, el conquistador triunfante y el emperador vencido. Ambos nombres lo dicen todo; la ausencia de un monumento a Cortés recuerda de inmediato la polémica de la Conquista. Para Iduarte la Conquista "se resolvió en favor de la libertad política de América, esto es, de la organización, como pueblos libres, de los grupos humanos que formaron el imperio español".<sup>5</sup> Para él, el hecho de que no haya un monumento al conquistador no es una negación de la cultura española sino una negación del derecho de conquista. Cree el escritor mexicano que la lengua de Cervantes y la cultura mediterránea ibérica traídas a América en el apogeo de España conformaron el común denominador hispánico. Y esto sin menospreciar los conocidos aciertos alcanzados por las culturas indígenas de América. Iduarte enfrenta esta polémica directamente cuando dice:

Miente tanto el que presenta la leyenda negra de España como el que inventa la leyenda color de rosa del indio, y viceversa. No ha de atacarse a la conquista española por española, sino sencillamente por conquistista, como habría de condenar a la conquista protestante o mahometana o judía que hubiera hollado la tierra y los derechos ajenos.<sup>6</sup>

Visto así, su hispanismo es una amalgama de dos componentes igualmente indispensables a los que tan acertadamente denomina "el numerador indígena" y "el denominador español".<sup>7</sup>

Una estada de cinco años (1933-1938) en España puso a prueba las ideas sobre el hispanismo elaboradas por Iduarte desde joven. Allí pudo vivir de manera concreta lo que había sentido y aprendido. Éstos fueron años de estudio en la Universidad Cen-

<sup>4</sup> "¿Vascos? No, mexicanos", en *Familia y patria*, p. 89.

<sup>5</sup> "Cortés y Cuauhtémoc: hispanismo, indigenismo", en *Pláticas hispanoamericanas*, México, Joaquín Mortiz, 1983, p. 5.

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 7.

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 8.

tral, de participación en los círculos intelectuales universitarios como la Federación Universitaria Escolar, la Federación Universitaria Hispanoamericana y el Ateneo de Madrid, de conocimiento del pueblo español y de trato con escritores hispanoamericanos y españoles. Sin duda ese quinquenio dejó una huella imborrable en el pensamiento de Andrés Iduarte.<sup>8</sup> De igual trascendencia fue la honda simpatía del "niño de la Revolución Mexicana" por la causa de la República. Denunció de una manera franca y abierta el fascismo y señaló peligros nacionales de los cuales la Guerra Civil fue sólo el principio. Sus escritos de esa época aparecidos en periódicos y revistas mexicanos forman un sólido ideario y merecen un estudio aparte tanto por su perspicacia como por su clara comprensión de los acontecimientos españoles y sus consecuencias futuras.<sup>9</sup>

Sin profundizar en los hechos históricos del período que influyeron directamente en el polígrafo mexicano, cabe destacar cómo la experiencia española de estos años turbulentos ayudó a plasmar su concepto del hispanismo. Fue en España donde Iduarte se convirtió en testigo de algo que ya sabía por sus lecturas —la casi total ignorancia sobre lo hispanoamericano complementaria de la falsa idea de lo español en América. En fin, actitudes que por ambas partes reflejan odio, desprecio, indiferencia, para dar lugar a ideas exageradas y a veces hasta ridículas. Por eso Iduarte comenta: existe el americano que "supone en cada español actual el temple de Cortés, la caballeridad del Quijote y los rostros de espiritualidad majestuosa que el Greco extrajo de la época gloriosa de España y eternizó en Toledo". También existe el americano que "no tiene más idea del español que la del 'gachupín juanetudo', al cual acusa de robarlo con la báscula como su antepasado lo robó con la espada".<sup>10</sup> De igual modo hay españoles que quieren a los americanos con arcaicos sentimientos de superioridad. Para Iduarte las dos actitudes son falsas, fruto de una especie de propaganda nutrida de romanticismo, rencor patrioter y erróneos juicios históricos. Aboga él por una comprensión mutua del español y del americano basada en la verdad histórica y libre de generalizaciones exageradas. Cualquiera extremo, sea el desprecio a lo indígena o el odio al español, es absurdo. Cree que su México es "fruto original producido por la conjunción de dos pueblos",<sup>11</sup> pero

<sup>8</sup> Para un resumen de la estada de Iduarte en España, véase Anselmo Carretero, "Andrés Iduarte en España", en Andrés Iduarte, *En el fuego de España*, México, Joaquín Mortiz, 1982, pp. xiii-xxv.

<sup>9</sup> Estos escritos están ahora reunidos en la obra *En el fuego de España*.

<sup>10</sup> "Ya no somos España", *En el fuego de España*, p. 30.

"Hispanofobia, no", *En el fuego de España*, p. 34.

al mismo tiempo se niega a caer en un nacionalismo rabioso. Reconoce y señala los defectos de España durante la Conquista y la Colonia pero no deja de ver iguales o diversas lacras en los hispano-americanos jactanciosos de un criollismo falso.

En la lucha civil de España de los años treinta Iduarte vio claramente los lazos que unían al pueblo español con el hispanoamericano y con cualquier pueblo amante de la libertad. En una emisión de radio exhortó a sus compatriotas a que colaboraran con los españoles porque su causa era la suya también y no una limitada lucha nacional. Al dirigirse a su pueblo dijo de manera elocuente: "¿Puedes dejar pasar un solo día, una sola hora, un solo minuto, sin aprestarte intelectual o militarmente al combate, o sin sacrificarte un poco para que ganemos aquí la batalla trascendental del mal contra el bien?".<sup>12</sup> Iduarte compara este levantamiento con el de 1810 en América: el levantamiento del pueblo explotado contra los explotadores. Y a los explotadores de 1810 pertenecían no sólo españoles sino criollos, mestizos e indios. Reconoce Iduarte que en España como en América hay dos naciones: la tradicional e imperialista y la liberal y revolucionaria; es imprescindible luchar para que ésta triunfe sobre aquélla.

Con certera visión, Iduarte establece un paralelo entre la historia de México y la de España. Recalca las semejanzas y se da cuenta de que los acontecimientos no son simultáneos. Según él, los hombres de la primera República Española se parecen a los próceres de la Reforma de Juárez; hay un parentesco entre la rectitud de los krausistas españoles y los positivistas mexicanos; en la Segunda República de 1931 hay la misma fe romántica y la idéntica integridad del maderismo mexicano; los héroes de la guerra de 1936 son como los que pelearon en México en los años sangrientos de 1913 a 1920.<sup>13</sup> Esto es un motivo más para simpatizar con España y compartir con su pueblo la lucha por la justicia que ve como propia.

Para Iduarte la amalgama de España e Hispanoamérica llegó a su cumbre en el campo cultural cuando escritores e intelectuales de ese país llegaron a México por invitación del presidente Lázaro Cárdenas. La acogida ofrecida a los inmigrantes y su integración a la vida mexicana fue sin duda prueba palpable del hispanismo y de la hermandad entre España e Hispanoamérica. Así, en pleno siglo XX, tras una guerra devastadora, llegó al México

<sup>12</sup> Discurso emitido de Madrid para América, 24 de septiembre de 1936, *En el fuego de España*, p. 107.

<sup>13</sup> "Con el pueblo español: contra Franco", *En el fuego de España*, p. 274.

posrevolucionario "el pueblo español, que luchó por la independencia de su patria con la pluma y con la ametralladora, con el libro y con el obús".<sup>14</sup> La llegada de los españoles renueva nexos de sangre y de cultura. Fue como si el ciclo comenzado por la Conquista se hubiera reiniciado, pero ahora de manera diversa. El escritor mexicano califica este acontecimiento de extraordinario:

Acoger en México al pueblo que produjo *El Quijote* y *La Celestina*, tener entre nosotros a los dramaturgos y a los poetas que conservan y persiguen la obra de Lope y de Garcilaso, dar hospedaje a los continuadores de Jorge Manrique, abrir los brazos a los hijos de los héroes del Romancero, no puede ser calificado sino de excepcional fortuna.<sup>15</sup>

Con motivo del Congreso de las Academias de la Lengua Española reunido en México en 1951, Andrés Iduarte sintetiza la relación entre España e Hispanoamérica. Este acto académico sirvió para concentrar sus ideas sobre el lazo fundamental del mundo hispánico. Expresó el homenaje debido al idioma español nacido en tierra castellana y crecido y regado en la Península y en los cinco continentes. Pero además de estas declaraciones respecto de la unidad cultural basada en la lengua, Iduarte juega con las palabras "madre", "hermana" e "hija" para hacernos ver el desarrollo, el cambio y la recíproca base fundamental que Hispanoamérica tiene con España. El escritor traza históricamente el uso de estas palabras para expresar las fases distintas de la relación que ha existido entre los países de habla española. Explica que se solía llamar "madre" a España por ser la fuente de la lengua y de sus escritores clásicos como Cervantes, Lope, Santa Teresa y Quevedo. Pero pronto los españoles de América, los hijos suyos, agregaron sus clásicos como el Inca Garcilaso, Juan Ruiz de Alarcón y Sor Juana Inés de la Cruz. Y realizada la separación política de España, españoles, mexicanos, guatemaltecos, cubanos, peruanos, argentinos siguieron produciendo sus clásicos haciendo de España una "hermana" porque los españoles y los hispanoamericanos son todos hijos de los mismos maestros. Con las luchas por la Independencia en el siglo XIX la relación filial degeneró y se llamaba "madrasta" a España y "pérfidos hermanos" a los de Hispanoamérica. Pero se suavizó la contienda verbal y en 1931, cuando España pasó a ser República, se oyeron las palabras "hermana menor". Y se la puede llamar "hija" también porque "si de

<sup>14</sup> "Los españoles en México", *En el fuego de España*, p. 232.

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 233.



allá vino el idioma, aquí en América lo hicimos nuestro, en hombres y en libros, y así lo enviamos todos los días —en sentimientos, y en ideas, y en bellas letras— a la casa matriz".<sup>16</sup> Iduarte propone así una visión ecuménica de España e Hispanoamérica. España es hija, hermana y madre como América lo es de ella. No hay que confundir a España con españoles de nacimiento o equivocarse a América con hispanoamericanos de nación. Es la concepción expresada en diferentes épocas, países y circunstancias por Andrés Bello, Rufino José Cuervo, Miguel de Unamuno, Justo Sierra, Pedro Henríquez Ureña, Federico de Onís y Alfonso Reyes. España e Hispanoamérica forman un todo, una cadena compuesta por muchos eslabones, un pozo de gotas iguales e inseparables. Sus relaciones recíprocas se manifiestan en un constante dar y recibir. Y es Andrés Iduarte, hijo de españoles e indios, producto de la cultura hispánica en sus vertientes española y americana, quien ha vivido esta concepción universal y ha sabido transmitirla en sus escritos y en el aula universitaria de generación en generación. Todos nosotros, y más especialmente quienes, como yo, hemos tenido el honor de ser discípulos suyos, comprendemos cabalmente el alcance de sus palabras:

Ir y venir, ida y vuelta, carrera en círculo, suma de los siete colores del arco iris que girando hacen el blanco general y único, rica y natural adición de los quebrados de igual denominador y de muy poderosos y originales numeradores. Eso es lo que permite que la América y la España de hoy sean, a la vez, y recíprocamente, madres, hermanas, hijas: madres que legan para todos; hermanas que reciben la herencia, y de igual manera la conservan y la mezclan, la cuidan y la descuidan; hijas que heredan aquí y allí de la familia de acá y de allá, con las mismas bendiciones y los mismos o parecidos problemas.<sup>17</sup>

<sup>16</sup> "España: hija, hermana, madre", en *Hispanismo e hispanoamericanismo*, México, Joaquín Mortiz, 1983, p. 60.

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 60.